

Santidad accesible¹

En el Tepeyac, pidiendo por la familia

1. *Bendeciré al Señor eternamente. Aleluya²*. Estas bellas palabras que acabamos de cantar en el salmo responsorial, son lo primero que me viene a la mente al comenzar esta homilía. Todos nosotros bendecimos al Señor con el alma inundada de gozo y gratitud por habernos permitido llegar esta tarde a *la casita* de la Virgen de Guadalupe, en la Villa.

Siguiendo los pasos de san Josemaría, nuestro querido Patrono, nos hemos desplazado desde Santa Fe, en el extremo poniente de esta gran Ciudad de México, hasta el cerro del Tepeyac. Y lo hemos hecho, como otros años, con la ilusión de poner a sus pies un puñado de peticiones. Muy especialmente, todo lo referente a las queridas familias de nuestra parroquia: La unidad y la armonía de los matrimonios, la salud de sus integrantes, la vida espiritual de los hijos, el trabajo y el bienestar material de todos en estos tiempos difíciles, en fin, el cúmulo de nobles afanes que tenemos en el corazón.

No podemos dejar de recordar que, en el ya lejano año de 1970, en su primer viaje al continente americano, san Josemaría hizo una Novena de petición y de acción de gracias aquí muy cerca, en una tribuna de la antigua basílica. Había llegado a México en la madrugada del 15 de mayo y, apenas se lo permitió el médico, del 16 al 24 de mayo estuvo rezando muy conmovido frente a esta bendita imagen de Nuestra Señora. Traía de Roma, dicho en términos coloquiales nuestros, el “morral muy cargado”. Le preocupaba la situación general de la Iglesia en aquellos turbulentos años posteriores al Concilio Vaticano II. Además, necesitaba una solución para la implantación del Opus Dei (la institución que por gracia de Dios había fundado en 1928) en el derecho eclesiástico, que no se veía humanamente posible. Por último, pesaban sobre sus espaldas incontables asuntos relacionados con los apostolados de la Obra que se encontraba en plena expansión por el mundo entero.

2. El día 20 de mayo, le decía con emoción a la Virgen: *Te amamos en todas las imágenes. Todas tus imágenes nos enamoran. Pero hemos venido aquí, donde Tú te dignaste dejar los rasgos que reflejan tu amor a los que somos tus hijos (...). Estoy seguro que nos oirás (...). Te ofrezco un futuro de amor, con muchas almas. Yo –que no soy nada, que solo no puedo nada- me atrevo a ofrecerte muchas almas, infinidad de almas (...) en todo el mundo y en todos los tiempos, almas decididas a entregarse a tu Hijo, y al servicio de los demás.*

Pienso que los que estamos aquí esta tarde somos una pequeña partecita de esas almas que san Josemaría ofreció a la Virgen aquel día. Y estamos aquí, justamente para eso, para demostrarle con el expresivo gesto de nuestra peregrinación, que estamos *decididos a entregarnos a tu Hijo*. Siguiendo de cerca las enseñanzas de nuestro Patrono, queremos aprender a encontrar a Dios en la vida ordinaria, santificando el trabajo de todos los días y

¹ Homilía en la peregrinación de la parroquia de San Josemaría a la Basílica de Guadalupe, V domingo (sábado) de Pascua, ciclo C.

² Salmo responsorial, del salmo 144.

convirtiendo los momentos y circunstancias de nuestra vida en ocasión de amar a Jesucristo y de servir a la Iglesia, al Romano Pontífice y a las almas.

Santidad en medio de la calle

3. *Hijos, todavía estaré un poco con ustedes. Les doy un mandamiento nuevo: que se amen los unos a los otros, como yo los he amado; y por este amor reconocerán todos que ustedes son mis discípulos*³. Estas palabras que hoy nos presenta la liturgia de la Iglesia, nos recuerdan la esencia de la santidad que Jesús nos pide. Hemos de amar a Dios y amarnos entre nosotros, imitando a nuestro Salvador que nos amó hasta el extremo.

Y qué alegría, queridos hermanos, renovar hoy este propósito, cuando precisamente esta mañana, en la ciudad de Madrid, fue beatificada la primera hija espiritual de san Josemaría. Una doctora en Ciencias Químicas llamada, en honor de la Virgen Morena, Guadalupe Ortiz de Landázuri.

En alguno de sus libros, Chesterton menciona que en el firmamento de la espiritualidad cristiana, si Jesús es como el sol (un astro impresionante por su luz y su calor), la Virgen y los santos son como la luna. Este hermoso satélite que no brilla con luz propia, sino con la que recibe del sol, pero que por eso mismo y por estar más cerca de nosotros, la podemos contemplar de modo directo y prolongado.

Guadalupe, por ejemplo, nos ofrece un atractivo y accesible modelo de santidad en el cumplimiento de los deberes ordinarios. Quienes la conocieron recuerdan que amaba apasionadamente a Jesús en la Eucaristía. Y pasaba largos ratos, que se le hacían muy cortos, junto al Sagrario de los centros de la Obra donde vivió. Tal vez por eso estaba siempre contenta, habitualmente sonriente, y constantemente transmitía alegría y optimismo. Sabía querer a todos. Y conseguía encender en quienes trataba el amor y el afán de seguir a Cristo.

En México, seis años muy fecundos

4. Para los mexicanos del Opus Dei su beatificación tiene una especial significación, pues Guadalupe recibió el encargo de san Josemaría de empezar el trabajo apostólico con las mujeres de este país en 1950. En el cumplimiento de esa importante tarea y en tantas otras, entendió desde muy joven que *la santidad no consiste en ser perfecto, sino vivir enamorado*. Y por eso, cada pequeña delicadeza de amor que procuraba tener con Jesús, era ocasión para estar más cerca de Él. Así como cada fallo –que los tenía, y frecuentes- era aprovechado para pedir perdón y para sentirse protegida por los brazos fuertes de su Padre Dios.

En 1955 escribía con sencillez a san Josemaría después de un retiro espiritual en México: *Me puse en la presencia del Señor tal como me veo, y tal como veo que van las cosas, y pedí a Dios ayuda para encontrar los fallos (...). Esa seguridad de Dios en mi*

³ Evangelio, Juan 13, 34-35.

*camino, junto a mí, me da ilusión en todo, me hace fácil las cosas que antes no me gustaba hacer, de modo que, sin pensarlo las hago*⁴.

Guadalupe, ¡para arriba!

5. Tras seis años de intenso y muy fecundo trabajo apostólico en estas tierras, el Fundador de la Obra la mandó llamar a Roma, para colaborar en el organismo de gobierno central de las mujeres del Opus Dei. Un par de años después, su corazón empezó a manifestar importantes deficiencias y tuvo que volver a España en donde, levemente recuperada, reanudó su labor docente y de investigación científica. Al cabo de algunos años, el malestar cardíaco se agudizó. Internada en la Clínica Universitaria de Navarra, poco antes de morir, escribía al Fundador: *Padre: (...) Llevo aquí veintidós días (...). Estoy tranquila y no me inquieta lo que pase (...). He seguido muy de cerca su Catequesis por América* (viaje pastoral que realizó san Josemaría por algunos países de nuestro continente en los primeros meses de 1975) *¡Qué bonito todo! Y lo he encomendado constantemente. La Virgen de Guadalupe, que siempre me acompaña, me sirve para hacerlo y su cartela: “No hizo Dios nada igual en otra nación” es muy significativa para mí, al recordar aquellas tierras*⁵.

La carta está fechada el 22 de junio de 1975. Apenas cuatro días después, el día 26, de modo repentino, moría en Roma el Fundador del Opus Dei. Como su estado de salud no permitía ni emociones ni impresiones fuertes. Los que la atendían dudaron si decírselo o no. Por fin, lo hizo su hermano mayor, el doctor Eduardo Ortiz de Landázuri (por cierto, también en proceso de canonización) el 27 por la mañana. En un primer momento no pudo contenerse: se sujetó la cabeza con las manos y rompió a llorar. Luego, más serena, dijo: *Me alegro por el Padre*. Y pidió que la dejaran sola unos instantes.

El primero de julio, los médicos vieron oportuno someterla a una delicada operación. Cuando la conducían al quirófano, al despedirse de las que la acompañaban, les comento: *Estén tranquilas. No sé si el Padre* (se refería así a san Josemaría), *me dirá: “Guadalupe, ¡para arriba!” O “¡quédate abajo!” Todo es bueno. Pero ustedes estén tranquilas.*

Falleció, llena de paz, apenas dos semanas después, al amanecer del 16 de julio, fiesta de la Virgen del Carmen, teniendo en sus manos un imagen de Santa María de Guadalupe. Ahora parece obvio para toda la Iglesia que aquel día san Josemaría, por mandato de Dios, le dijo: *“Guadalupe, ¡para arriba!”*.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Basílica de Guadalupe, Ciudad de México, a 18 de mayo de 2019

⁴ *Letras a un Santo*, ebook de cartas de Guadalupe Ortiz de Landázuri a san Josemaría Escrivá, carta del 24-IV-1955.

⁵ Última carta, 22-VI-75.